

Carlos Taibo

Un vampiro de nuestros días: la globalización capitalista

A estas alturas es difícil decir nada nuevo sobre ese genuino fantasma contemporáneo que es la globalización. La palabra correspondiente –no lo olvidemos– lo inunda hoy casi todo, con significados cada vez más diversos y enormes problemas para aquilatar qué es lo que el término significa en labios de unos y de otros. En tales condiciones, y para empezar, tiene su sentido –es, casi, una obligación– escarbar en las razones que, mal que bien, explican la formidable entronización mediática del vocablo que ahora nos interesa.

La idea principal que hay que adelantar al respecto es la que afirma que la entronización mencionada en modo alguno ha sido neutra e improvisada. Ha obedecido expresamente, antes bien, a las necesidades de legitimación del nuevo orden internacional que propuso, a principios del decenio de 1990, el entonces presidente norteamericano, Bush padre. El objetivo de la operación era –parece– cristalino: alejar de nuestro lenguaje un par de palabras que hasta entonces, y con buen criterio, habíamos entendido que retrataban de manera razonablemente fidedigna la mayoría de las relaciones económicas y sociales. Estoy pensando, en singular, y claro, en los términos *capitalismo* e *imperialismo*. Como quiera que estos dos vocablos tenían una bien merecida imagen negativa a los ojos de la mayoría de los habitantes del planeta, se hacía preciso buscar otra palabra que, de manera casi mágica, pasase a retratar en clave saludable esas mismas relaciones económicas, todo ello sin previo cambio mayor, naturalmente, en éstas. A fe que quienes decidieron reflotar el término *globalización* realizaron su trabajo con enorme talento: en primera instancia la irrupción fulgurante de la palabra en cuestión se saldó con un éxito innegable, cabalmente testimoniado por las numerosas encuestas que, a mediados del decenio de 1990, concluían que, en los más diferentes lugares, pero en particular en el mundo rico, la realidad retratada por aquélla suscitaba una imagen

positiva. Es verdad, eso sí, que con el paso del tiempo la terca evidencia de los hechos y la labor de zapa desarrollada por los movimientos de contestación dieron al traste, en muy buena medida, con el éxito inicial de la operación que nos ocupa.

Si hay que extraer una conclusión somera de lo que acabamos de enunciar, la más lógica es la que subraya que existe una poderosa línea de continuidad entre lo que hasta hace no mucho llamábamos –en realidad, y por fortuna, lo seguimos haciendo– imperialismo y capitalismo, por un lado, y lo que hoy nos invitan recalcitrantemente a describir como globalización, por el otro. Por cierto que no está de más agregar, en esta misma clave mental y terminológica, que se hace un tanto cuesta arriba aceptar un término, *alterglobalización*, que como es sabido ha hecho furor en muchos círculos para identificar a los movimientos que contestan la globalización capitalista. Limitémonos a reseñar al respecto que, si aceptamos que esta última exhibe una notabilísima línea de continuidad con el imperialismo y el capitalismo tradicionales, de la misma suerte que a nadie con un poso de sensatez se le ocurriría reivindicar un *alterimperialismo* o un *imperialismo alternativo*, lo suyo es que rechazamos también, por la misma razón, expresiones como *alterglobalización* o *globalización alternativa*.

I

Conviene precisar, aun así, que el argumento que estamos desarrollando en modo alguno invita a concluir que el capitalismo que tuvimos la oportunidad de palpar y padecer a lo largo de la segunda mitad del siglo XX no ha experimentado cambios de relieve. La consideración de estos últimos vendría a justificar que aceptásemos, bien que a regañadientes, el vocablo *globalización* siempre y cuando por detrás agreguemos, bien es cierto, algún adjetivo que nos permita recuperar densidad crítica. En esta clave, y en los últimos años, se ha hablado a menudo, sin ir más lejos, de globalización *neoliberal* y de globalización *capitalista*. Importa –parece– subrayar que esas dos expresiones no son en modo alguno, y pese a las apariencias, sinónimas. Recuérdese al efecto que, como quiera que se puede criticar agriamente el neoliberalismo, por entender que es una versión extrema e impresentable del capitalismo, pero aceptar al mismo tiempo la osamenta de la lógica de este último, habrá que concluir que la segunda de las expresiones invocadas, la que habla de globalización *capitalista*, tiene en los hechos una carga contestataria sensiblemente mayor, además de acarrear una virtud nada despreciable: nos permite rescatar una de las palabras que, conforme al argumento que hemos glosado con anterioridad, la lógica manipuladora del sistema intenta desesperadamente desterrar de nuestro lenguaje.

Tiene su sentido que intentemos esbozar cuáles son esos cambios que, verificados en la textura del capitalismo, justificarían, bien que con algún recelo, la aceptación postrera, por nuestra parte, del término *globalización*. Como se verá, nin-

guno de ellos remite —es cierto— a novedades genuinas: preferible parece sugerir que se trata de realidades que, estando presentes de siempre en el capitalismo, han experimentado en los últimos lustros un inusitado auge. Inmediatamente podrá comprobarse, por añadidura, que ninguna de estas mutaciones acarrea, por lo demás, una dimensión saludable.

El primero de esos cambios nos habla de una radical primacía de la especulación. Téngase presente que en el planeta contemporáneo se mueven en operaciones de cariz estrictamente especulativo sesenta veces más recursos que los que corresponden a transacciones que implican la compraventa efectiva, material, de bienes o de servicios. La especulación, en otras palabras, lo inunda todo en un escenario poderosamente marcado por los flujos financieros y por el despliegue de operaciones que se hacen valer *en tiempo real*. Ello es así hasta el punto de que resulta moderadamente sorprendente que, ante semejante escenario, no se haya registrado una airada protesta del lado de aquellos empresarios estrictamente vinculados con un capitalismo de carácter productivo (¿será que, en realidad, tal figura no existe o, lo que es lo mismo, que la atracción del juego especulativo se antoja insorteable?

Otro de los rasgos vertebradores de la globalización capitalista es la espectacular aceleración experimentada por los procesos de fusión de capitales. No se olvide que los capitales inmersos en esas operaciones se han multiplicado por siete en el transcurso de los dos últimos decenios, dibujando de resultados, inevitablemente, un teatro en el que la riqueza se halla cada vez más concentrada en unas pocas manos. La deslocalización es un tercer elemento característico de la globalización en curso. A su amparo, y como es sabido, empresas enteras han cambiado de escenario, las más de las veces en busca de una mano de obra barata que explotar, de ventajas fiscales y de regímenes autoritarios que garanticen la obtención del beneficio más descarnado. La globalización implica, en cuarto lugar, una firme apuesta por una general desregulación: las normas reguladoras deben desaparecer en provecho de la libre circulación de los capitales, en línea con las reglas del juego alentadas desde hace un cuarto de siglo por el proyecto neoliberal, y entre ellas las que reivindican constantes reducciones del gasto social y ambiciosas políticas de privatización. Agreguemos que sobran los motivos para concluir que la globalización ha llevado aparejado un crecimiento muy notable de las redes del crimen organizado: cuando desaparecen las normas reguladoras, ello beneficia, naturalmente, a los capitales que se mueven en la legalidad, pero es particularmente interesante, también, para aquellos que se desenvuelven en la trastienda de esa legalidad.

Si se trata de resumir lo anterior de la mano de una idea matriz, bueno será que sugiramos que la globalización capitalista postula la gestación de una suerte de paraíso fiscal de escala planetaria. De resultados, los capitales —y sólo los capitales, entiéndase bien— habrán de moverse a lo largo y ancho del globo, sin ningún tipo de obstáculos en su camino. Para conseguirlo, habrán de arrinconar progresiva-

mente a los poderes políticos tradicionales, claramente condenados a perder atribuciones, y habrán de pelear por forjar un escenario que permita se desentiendan por completo de cualquier consideración de cariz humano, social o medioambiental.

II

Hasta aquí hemos intentado perfilar una teorización de lo que cabe entender que es la globalización capitalista. Corresponde ahora señalar que sobran las razones para concluir que esta última no está produciendo, pese a la parafernalia publicitaria que la rodea, los resultados apetecidos. O que al menos no lo está haciendo si por tales consideramos aquellos que deberían permitir la resolución razonable de los principales problemas que el planeta –no sólo la especie humana– arrastra desde tiempo atrás. Si así se quiere, las razones de ese evidente fracaso son al menos tres. La primera refiere una crisis general del capitalismo especulativo y financiero, particularmente perceptible desde el otoño de 2007. Esa crisis, inevitable, ha puesto de relieve las numerosas disfunciones que caracterizan al capitalismo global –con él, también, al proyecto neoliberal– y ha acabado por saldarse en un estado de ánimo de las opiniones públicas que refleja un creciente desapego frente a la globalización y sus presuntas virtudes.

Pero, y en segundo lugar, hace tiempo que sabemos que la globalización en curso no es un proceso descentralizado y uniforme, como sugieren con irrefrenable optimismo algunos de sus adalides. Se trata, antes bien, de un proyecto claramente controlado desde los tres núcleos principales que dieron forma al capitalismo característico de la segunda mitad del siglo XX: Estados Unidos, lo que al cabo fue la Unión Europea y Japón. Recuérdese, sin ir más lejos, que si el censo de empresas transnacionales –al fin y al cabo el meollo de la globalización capitalista– identifica unas 45.000, llamativamente 37.000 de ellas se encuentran radicadas en alguno de esos tres núcleos geográficos, y parece razonable adelantar, por añadidura, que la abrumadora mayoría de las 8.000 restantes, aunque emplazadas formalmente en otros escenarios, en último término se encuentran controladas, también, desde el Norte desarrollado. En paralelo, y para fortalecer la tesis que señala que la globalización no es un proceso uniforme, no está de más subrayar que, aunque es verdad que en los últimos lustros han crecido sensiblemente las inversiones dirigidas hacia los países del Sur, en los hechos tales flujos han beneficiado en exclusiva a una estricta minoría de éstos. Significativo es, por ejemplo, que el conjunto del África subsahariana, con mucho –como es sabido– la región más pobre del planeta, haya recibido, sin embargo, menos de un escuálido 5% de esos flujos de inversión.

Añadamos, en tercer término –y esto es al cabo lo principal– que no hay ningún motivo mayor para concluir que la globalización capitalista ha servido para reducir atávicas desigualdades. Antes como ahora, más de 3.000 millones de seres humanos –en los hechos la mitad de la población del planeta– deben malvivir con menos de dos dólares cada día; de ellos, 1.200 millones tienen que

hacerlo, en situación de pobreza extrema, con menos de un dólar diario. El 70% de estos pobres, de los primeros como de los segundos, son, por añadidura, mujeres, dato que por sí sólo obliga a otorgarle el relieve que le corresponde a eso que hemos dado en llamar *feminización de la pobreza*. Unos 800 millones de personas padecen problemas de hambre crónica, saldados con esa cifra espeluznante que nos recuerda que cada día mueren de hambre, o de enfermedades provocadas por ésta, entre 40.000 y 50.000 seres humanos. Mientras todo eso ocurre, las tres fortunas personales más grandes equivalen a la riqueza conjunta de los 48 Estados más pobres. Si alguien aduce que a duras penas cabe atribuir a la globalización en curso una responsabilidad central al respecto de estas cifras –toda vez que el panorama no era diferente antes de la irrupción de aquélla–, habrá que replicar que en los últimos lustros las diferencias en términos de renta entre el 20% mejor colocado y el 20% peor emplazado de la población planetaria no han dejado, llamativamente, de crecer: si eran de 30 a 1 en 1960, se situaron en 60 a 1 en 1990 y hoy andan cerca del 80 a 1. Con semejante panorama a duras penas sorprenderá que entre las voces críticas contra la globalización se halla extendido la idea de que ésta propicia la consolidación de lo que algunos expertos entienden que es la *sociedad del 20/80*: al amparo de ésta, una quinta parte de la población planetaria vivirá en la opulencia mientras las cuatro quintas partes restantes se verán condenadas sin remisión a una lucha feroz para salir adelante.

Legítimo parece arribar a la conclusión de que la consecuencia principal de todo lo anterior no es otra que un creciente caos, a la vez causa y efecto de problemas políticos sin cuento. Porque no son precisamente menores las secuelas que, en este terreno, tiene la globalización capitalista. La principal de ellas afecta, claro es, a la institución Estado, conflictivamente sometida a dos procesos de signo contrario: mientras sus atribuciones represivo–militares engordan –al servicio, claro es, de ostentosos intereses privados, los mismos que invitan a los gobernantes norteamericanos a acudir en socorro de empresas históricamente dedicadas al más franco juego especulativo–, sus funciones de cariz económico-social deben, en cambio, retroceder. Importa mucho subrayar, por cierto, esta última dimensión, toda vez que por momentos se hace evidente que las decisiones que remiten a lo realmente importante escapan del control de los dirigentes políticos para quedar en manos de formidables corporaciones económico-empresariales que operan en la trastienda. Si los críticos de siempre de la democracia liberal pusieron singular empeño en subrayar cómo ésta atendía al propósito de ocultar un sinnúmero de injusticias y desigualdades, hoy estamos obligados a preguntarnos si las instituciones en las cuales se plasma esa singular y deficiente forma de democracia disfrutaban en los hechos de alguna autonomía decisoria que merezca tal nombre.

No es, por otra parte, más halagüeño el panorama cultural que se nos ofrece. Limitémonos a recordar al respecto que, aun cuando la globalización capitalista ha permitido multiplicar –es cierto– las posibilidades de expresión y comunicación al alcance de las culturas minoritarias, parece claro que mueve con mucha

mayor intensidad y soltura el carro de una cultura, la occidental, y más singularmente la norteamericana, que responde indeleblemente a atávicos impulsos coloniales y a subterráneos intereses comerciales.

III

Hora es de ir rematando. Hagámoslo de la mano del rescate de una discusión cabalmente retratada por un libro de reciente publicación en Francia. El libro en cuestión hace suya la tesis de que debemos prepararnos para un escenario de crisis que exhiba los niveles de gravedad que se hicieron valer en el planeta a partir de 1929. A buen seguro que el autor de la obra mentada recurre a semejante comparación en la certeza de que el lector se percatará enseguida de la hondura de los problemas que se nos vienen encima. Bastará con recordar al respecto que, en una lectura legítima, la crisis de 1929 explicó en buena medida la consolidación de los fascismos europeos y, mal que bien, ofreció un escenario propicio para el estallido, ni más ni menos, de la segunda guerra mundial.

Y, sin embargo, uno tiene derecho a adelantar que la metáfora es más que probable que se quede, de forma irremediable, corta. Al fin y al cabo, el capitalismo salió razonablemente airoso de la crisis del decenio de 1930 y, claro, sobrevivió. Hoy lo que se trata de saber, por encima de todo, es si un sistema, el citado capitalismo, que en el pasado demostró una formidable capacidad de adaptación a los retos más dispares no estará perdiendo por momentos los mecanismos de freno y, con ello, no estará sentando las bases de su propia quiebra al amparo del desigmo de acumular espectaculares beneficios en un período de tiempo extremadamente breve. Lo que se impone es señalar, en suma, que nos adentramos en una etapa de zozobra e incertidumbre indeleblemente marcada por la manifestación simultánea –importa subrayar esto de la simultaneidad– de tres delicadísimos procesos. El primero lo aporta, cómo no, la globalización que padecemos, con su lógica de injusticia, exclusiones y depredación. El segundo es el cambio climático, de efectos inciertos pero, con certeza, en ningún caso saludables. Y el tercero llega de la mano de un encarecimiento inesquivable en los precios de las materias primas energéticas. Si cada uno de esos procesos –bien podríamos agregar, bien es cierto, alguno más, como es el caso de los ingentes problemas demográficos que se revelan o de las secuelas de determinados avances, más aparentes que reales, de la ciencia– parece por sí solo suficientemente inquietante, no se hace preciso agregar cuál es la dimensión de las dificultades que nacen de la necesidad inexorable de encararlos de manera simultánea.

Quiere uno creer que ante el escenario que acabamos de describir bien pueden hacerse valer dos reacciones de corte muy diferente. La primera asumirá la forma de una genuina edad de oro para los movimientos de contestación, que podrán comprobar cómo en adelante el caldo de cultivo de los mensajes que emiten será sensiblemente más feraz; en particular, y en el Norte desarrollado, parecen llamados a ganar terreno con rapidez amplios movimientos en favor del decrecimien-

to y, con él, de transformaciones radicales en la condición de nuestras sociedades. La segunda de las reacciones remite, en cambio, a la imaginable reaparición de muchas de las políticas que abrazaron en Alemania, tres cuartos de siglo atrás, los nazis, en este caso refrendadas, no por grupos marginales, sino por algunos de los principales estamentos del poder económico y político hoy existente. Estos últimos, conscientes en plenitud de la escasez que se avecina y firmemente decididos a preservar sus privilegios, bien pueden optar por fórmulas de darwinismo social extremo, y militarizado, que inviten a alejar de cualquier horizonte vital razonable al grueso de la población del planeta. No vaya a ser que, entonces, la metáfora de la *sociedad del 20/80*, que antes invocamos, resulte ser en exceso optimista en lo que hace a la identificación del porcentaje de seres humanos que conseguirán huir de la quema...

Carlos Taibo es profesor titular de la Universidad Autónoma de Madrid.